

Cuadro 1: Autorretrato

Este es el pintor: Amadeo. Clara, la maestra de entonces, me habló de él. Debía de tener más o menos tu edad cuando ella lo conoció. Era hijo del cartero y fue eso y no otra cosa lo que le llevó a hacer todo aquello. Ahora lo ves así, tan mayor, tan serio que parece mentira que haya sido un niño. Sin embargo, siempre pinta su infancia.

Este cuadro de aquí es su autorretrato.

Ese rostro ceñudo, esa barba anaranjada, ese juego de luz entre las manos. Pero míralo a los ojos y verás a un niño.

Esta historia que te voy a contar es de cuando Amadeo tenía tu edad.



Cuadro 2: La luz

Creo que fue la luz, o el agua, no sé. Creo que se levantó una mañana y vio el chorro de luz que entraba por la ventana y parecía un borbotón de agua. Quiso cogerla entre las manos, como todos los niños, pero corría la luz por los dedos y ya no sabía si era luz o agua o qué. Tal vez fuera arena. Pero no, era un rayo de sol que se colaba por la ventana.

Siempre quiso pintar eso: la luz.

—¡Amadeo!

La voz venía de fuera y corrió a la ventana. Su padre, subido a una motocicleta, que llevaba un sidecar, salía a repartir el correo. A veces, Picasso, su perro, iba montado en él. Le gustaba repartir el correo con Baltasar, el padre de Amadeo. Hoy no estaba.



—¿Y Picasso? —preguntó el niño.

—Lo ha llevado mamá al veterinario.
¿Quieres venir conmigo?

Amadeo lo estaba deseando. Sacudió la cabeza, se terminó el bollo que aún tenía a medias y salió como un rayo. Pero antes se detuvo en el río de luz, cerró los ojos y dejó que su agua le calentara el rostro.

Esa luz es la que ves ahora en sus cuadros.

Cuadro 3: Lump

Picasso era un perro salchicha. Tenía un ojo más alto que otro, una nariz que siempre brillaba, el hocico alargado y un antifaz negro en la frente que rodeaba los ojos. Era un poco cubista, como Picasso, el pintor. También se parecía a Lump, el perro salchicha que eligió a Pablo Picasso como dueño, el mismo que aparece en su cuadro de las Meninas.

El día que Amadeo cumplió ocho años, encontró una cajita encima de la mesa del desayuno.

—¡Es tu regalo! —le dijeron sus padres.

Y allí dentro estaba Picasso. Era del tamaño de la mano de Baltasar.

A Picasso desde el principio le gustó dormir en la gorra de plato que usaba Baltasar para repartir el correo. También le gustaba comer los



lápices de Frida, la madre de Amadeo, que hacía retratos.

Una vez se hizo pis en la gorra de Baltasar.

Otra vez se atragantó con los lápices y escupía una tos que era un revoltijo de virutas de colores.

Amadeo y Picasso se querían. Pero Picasso era muy suyo. Un día se sentó en el sidecar de Baltasar y nadie pudo hacerlo bajar. Lo intentaron todos, hasta Samuel, el dueño del gimnasio. Pero Picasso se negó a bajar. Desde ese día comenzó a repartir el correo con Baltasar.

Amadeo a veces se miraba en los ojos de Picasso.

Eran dos lentejuelas. Y al fondo, estaba él, Amadeo, con la cara alargada y cóncava.

—¡Mira que me ves feo! —decía el niño. Y se reía.

Pero a ratos la mirada de Picasso era profunda. O enigmática. Alegre o triste, dependía. Y aquel misterio de los ojos de Picasso se le grabó muy dentro a Amadeo y ahora, a veces, lo pinta en sus cuadros.